The Library
of the
University of North Carolina

Endowe

PQ6217

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

PQ6217
.T44
vol. 22
no. 1-8

SF
B40

a 00002 33925 9

PQ6217
.T44
vol. 22
no. 1-18

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
L
AT CHAPEL HILL

9 C 8 3

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

RINCONETE Y CORTADILLO

ADAPTACIÓN ESCÉNICA DE LA FAMOSA NOVELA,
EN DOS CUADROS

Estrenada en el Teatro de Cervantes, de Sevilla, el 18 de mayo de 1916, en función conmemorativa del tercer centenario de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra.

MADRID
1928

2

RINCONETE Y CORTADILLO

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproductión réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1928, by S. y J. Álvarez Quintero.

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

RINCONETE Y CORTADILLO

ADAPTACIÓN ESCÉNICA DE LA FAMOSA NOVELA,
EN DOS CUADROS

Estrenada en el Teatro de Cervantes, de Sevilla, el 18 de mayo de 1916, en función conmemorativa del tercer centenario de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra.

MADRID
1928

MADRID. - IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA. GLORIETA DE LA IGLESIA

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA GANANCIOSA	Joaquina del Pino.
LA CARIHARTA	Carmen Jiménez.
LA ESCALANTA	Blanca Jiménez.
LA TIA PIPOTA	María Morera.
RINCONETE	Conchita Ruiz.
CORTADILLO	Magdalena Abrines.
MONIPODIO	Leovigildo Ruiz Tatay.
CHIQUIZNAQUE	Constante Viñas.
EL REPOLIDO	Federico Gonzálvez.
MANIFERRO	José González Marín.
EL SACRISTÁN	Emilio Mesejo.
GANCHUELO	Elisa Pérez Fe.
TAGARETE	Pepita Jiménez.

Dos Estudiantes, dos Esportilleros, dos Viejos y un Ciego

RINCONETE Y CORTADILLO

CUADRO PRIMERO

En las gradas de la Catedral, en Sevilla. Es una mañana de verano.

Por un lado sale Rinconete y por el otro Cortadillo, pícaros ambos, y, como dice Cervantes, de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados. Rinconete no pasa de los diez y siete años, ni Cortadillo de los quince. Trae cada uno tres espuertas de palma y un costal pequeño. Se saludan con muy graciosas ceremonias.

CORTADILLO. Dios os guarde, Pedro Rincón.

RINCONETE. Y a vos no os deje, Diego Cortado.

CORTADILLO. Bien haya la buenaventura que de la mano nos condujo a esta estrecha amistad. Norabuena nos encontramos la otra mañana en la venta del Molinillo, en los famosos campos de Alcudia, y me dijo vuesa merced con sorna, admirado de mi pelaje y traza:—¿De qué tierra es vuesa merced, señor gentilhombre, y para adónde bueno camina?

RINCONETE. A lo cual vuesa merced me respondió, con muy buen donaire:—Mi tierra, se-

ñor caballero, no la sé, ni para dónde camino tampoco. Y en buen hora nos descubrimos nuestros pechos, y descansamos el uno en el otro, agradecidos a la suerte que no sin misterio nos juntaba.

CORTADILLO. Y en buen hora, en fin, nos contamos nuestra vida y milagros, y nos confesamos nuestra honrada afición de ladrones, declarándonos que holgaban entre nosotros grandezas y altiveces, ya que no teníamos blanca, ni aun zapatos.

RINCONETE. Y entramos adelante por las calles de esta gran Sevilla, donde yo presumo que nos esperan hazañas tales, que se han de escribir en la historia.

CORTADILLO. Y ¿sabe vuesa merced, señor gentilhombre, que este oficio de mozos de la esportilla, en que nos graduó el asturiano, nos cae a entrambos como anillo al dedo?

RINCONETE. Así es la verdad. Como de molde nos viene, Cortado amigo, por la comodidad que ofrece de entrar en las casas con cubierta y seguridad para poder usar de nuestras aficiones.

CORTADILLO. Y ¿cómo os ha ido a vos en el estreno del nuevo oficio?

RINCONETE. *Enseñándole unas monedas.* Mire vuesa merced.

CORTADILLO. ¿Tres cuartos?

RINCONETE. No es mala paga para ser de un soldado. Llevéle a la casa de su señora, repletas, mis tres esportillas de carne, de pescado y de fru-

ta, y el costal de pan; que, por estar de ganancia y ser enamorado, hoy les hacía banquete a unas amigas della.

CORTADILLO. ¡Loado sea Dios!

RINCONETE. Y a vos ¿cómo os ha ido con su reverencia el sacristán?

CORTADILLO. Agora lo veredes: de su voluntad me pagó con dos cuartos; y de la mía, con esta bolsilla de ámbar.

RINCONETE. ¡Hinchada está!

CORTADILLO. ¡Y no de viento! Tomadla vos, Rincón, por lo que puede suceder.

Entrégasela disimuladamente y el camarada se la guarda lo mismo.

RINCONETE. Bien decís. Oportuno sois y discreto, caballero Cortado, y si no me mienten los ojos, ahí viene a más andar su reverencia, que por fuerza ha echado menos su bolsa, trasudado y turbado de muerte.

Se separan. Rinconete se aleja. Cortadillo hace como que sacude y limpia sus espuertas y su costal.

Llega, en efecto, acongojado además el Sacristán.

SACRISTÁN. ¡Oh, este es el mozo!... Sí, vos sois. Decidme, hermano.

CORTADILLO. Señor: ¿qué me manda vuesa merced?

SACRISTÁN. ¿Acaso habréis visto una bolsa de ámbar...?

CORTADILLO. *Sin alterarse en nada.* ¿Una bolsa?

SACRISTÁN. Sí; de ámbar...

CORTADILLO. ¿De ámbar?

SACRISTÁN. ¿Con quince escudos de oro en oro, y con tres reales de a dos, y con cuarenta maravedís en cuartos y en ochavos?

CORTADILLO. ¿Con quince escudos, dice vuesa merced? ¡Buena presa!

SACRISTÁN. Pues me la han hurtado, o la he perdido. ¿Por ventura, no sabéis vos...?

CORTADILLO. Lo que yo sabré decir desa bolsa es que no debe de estar perdida, si ya no es que vuesa merced la puso a mal recaudo.

SACRISTÁN. ¡Eso es ello, pecador de mí, que la debí de poner a mal recaudo, pues me la hurtaron!

CORTADILLO. Lo mismo digo yo; pero para todo hay remedio, si no es para la muerte, y el que vuesa merced podrá tomar es, lo primero y principal...

SACRISTÁN. *Con grande anhelo.* ¿Qué?

CORTADILLO. Tener paciencia, que de menos nos hizo Dios, y un día viene tras otro día, y donde las dan las toman, y podría ser que, con el tiempo, el que se llevó la bolsa se viniese a arrepentir, y se la volviese a vuesa merced sahumada.

SACRISTÁN. ¡Sahumada! ¡sahumada!... El sahumerio le perdonaríamos.

CORTADILLO. Y, a la verdad, no quisiera ser

yo el llevador de la bolsa, porque si es que vuesa merced tiene alguna orden sacra, pareceríame a mí que había cometido algún grande incesto o sacrilegio.

SACRISTÁN. Y ¡cómo que ha cometido sacrilegio! Que puesto que no soy sacerdote, sino sacristán de unas monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de una capellanía que me dió a cobrar un sacerdote amigo mío, y es dinero sagrado y bendito.

CORTADILLO. Con su pan se lo coma el ladrón: no le arriendo yo la ganancia; día de Juicio hay, donde todo saldrá en la colada, y entonces se verá quién fué Callejas, y el atrevido que se atrevió a tomar, hurtar y menoscabar el tercio de la capellanía. Y ¿cuánto renta cada año? Dígame, señor sacristán, por su vida.

SACRISTÁN. *Colérico.* ¡Renta la madre que me parió! ¿Y estoy yo ahora para decir lo que renta? Decidme, hermano, si sabéis algo; si no, quedad con Dios; que yo la quiero hacer pregonar.

CORTADILLO. No me parece mal remedio ése; pero advierta vuesa merced no se le olviden las señas de la bolsa, ni la cantidad puntualmente del dinero que va en ella; que si yerra en un ardite no parecerá en días del mundo, y esto le doy por hado, como dicen por remate de sus buenaventuras las gitanas.

SACRISTÁN. No hay que temer deso: ya lo habéis oído; que la tengo más en la memoria

que el tocar de las campanas; no me erraré en un átomo.

Saca de la faltriquera un pañuelo randado y se limpia el sudor del rostro, de donde le llueve como de alquitara. Cortadillo, apenas lo ve, lo marca por suyo, y principia a embelesar a nuestro Sacristán con razones y disparates sobre el hurto y hallazgo de la bolsa, mientras sutilmente le quita el pañuelo.

CORTADILLO. Siendo así, puede vuesa merced esperar seguro... Porque si vuesa merced, como le digo, no olvida... En Dios y en mi ánima que yo... Y vuesa merced es discreto y bien se persuade... ¿No hay sino perder una bolsa y no hallarla más, y despedirse della entre suspiros? Ya vendrá el ajustar las cuentas y...

SACRISTÁN. Pero ¿qué me decís, hermano?

CORTADILLO. Digo y repito que ya vendrá el ajustar las cuentas... Días atrás, como es tiempo de cargazón de flota, y hay en el río hasta seis galeras... Pero esto no va al caso... Vuesa merced vuelva esta tarde a este lugar, donde yo volveré, porque traigo entre ojos que un muchacho de mi mismo oficio, y aun de mi misma traza, algo ladroncillo, quizá le haya tomado a vuesa merced la bolsa que tan desazonado lo trae; y siendo así, podéis contalla como entre vuestras uñas.

SACRISTÁN. Algo me consuelan vuestras promesas, hermano. Tened por cierto que a la tarde vendré a buscaros a este sitio, y cuando no hubie-

re parecido mi bolsa, pecador de mí, yo la haré pregonar, como os he dicho, y acudiré a un alguacil mi pariente, y revolveré Roma con Santiago hasta dar con ella. Y adiós quedad.

CORTADILLO. Él vaya con vuesa merced, señor Sacristán. ¡Y no olvidéis, acaso, el encender una candelica a las Ánimas!

Márchase el Sacristán por donde llegó, preocupado y mohino. Cortadillo lo ve alejarse, sonriendo maliciosamente.

Vuelve Rinconete, que ha presenciado el lance a discreta distancia.

RINCONETE. Por mi vida, Cortado amigo, que no perdéis el tiempo.

CORTADILLO. Abrigad con este pañuelo la bolsa. *Le da el del Sacristán.* Ya os dije en la venta del Molinillo que mi padre es sastre; que enseñóme bien su oficio, y que de corte de tisera, con mi buen ingenio, salté a cortar bolsas, y no hay faldriquera tan escondida que mis dedos no la visiten.

Ganchuelo, mozo de la esportilla también, ha salido por donde se fué el Sacristán, y se llega a ellos. Rinconete y Cortadillo, al verlo, suspenden su diálogo y se miran. Ganchuelo les pregunta un tanto cautelosamente:

GANCHUELO. Díganme, señores galanes: ¿voacedes son de mala entrada, o no?

RINCONETE. No entendemos esa razón, señor galán.

GANCHUELO. ¿No la entienden? Pues yo se la daré a entender, y a beber, con una cuchara de plata: quiero decir, señores, si son vuesas mercedes ladrones. Mas no sé para qué les pregunto esto, pues sé ya que lo son. Mas díganme: ¿cómo no han ido a la aduana del señor Monipodio?

RINCONETE. ¿Págase en esta tierra almojarifazgo de ladrones, señor galán?

GANCHUELO. Si no se paga, a lo menos, regístranse todos los del oficio ante el señor Monipodio, que es su padre, su maestro y su amparo; y así, les aconsejo que vengan conmigo a darle la obediencia; o si no, no se atrevan a hurtar sin su señal, que les costará caro.

CORTADILLO. Yo pensé que el hurtar era oficio libre, horro de pecho y alcabala, y que si se paga, es por junto, dando por fiadores a la garganta y a las espaldas; pero pues así es, y en cada tierra hay su uso, guardemos nosotros el désta, que, por ser la más principal del mundo, será el más acertado de todo él; y así, puede vuesa merced guiarnos donde está ese caballero que dice; que ya yo tengo barruntos, según lo que he oído decir, que es muy calificado y generoso, y además, hábil en el oficio.

GANCHUELO. Y ¡cómo que es calificado, hábil y suficiente! Eslo tanto, que, en cuatro años que

ha que tiene el cargo de ser nuestro mayor y padre, no han padecido sino cuatro en el *finibusterre,* y obra de treinta envesados, y de sesenta y dos en gurapas.

RINCONETE. En verdad, señor, que así entendemos esos nombres como volar. ¿Qué son envesados?

GANCHUELO. Azotados en las espaldas, señor galán.

RINCONETE. Y gurapas, ¿qué son?

GANCHUELO. Gurapas son galeras, donde, por malos de nuestros pecados, pudiéramos ir condenados al remo.

CORTADILLO. ¿Y el *finibusterre,* que yo no lo he oído decir en los días de mi vida?

GANCHUELO. La horca.

Entrambos novatos, instintivamente, se llevan las manos a la garganta.

CORTADILLO. ¡Alabado sea Dios, y qué nombre más sonoro le han puesto!

RINCONETE. ¿Es vuesa merced también, por ventura, ladrón?

GANCHUELO. Sí, para servir a Dios y a las buenas gentes, aunque no de los muy cursados; que todavía estoy en el año del noviciado.

CORTADILLO. Cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir a Dios y a la buena gente.

GANCHUELO. Señor, yo no me meto en teologías; lo que sé es que cada uno en su oficio pue-

de alabar a Dios, y más con la orden que tiene dada Monipodio a todos sus ahijados.

RINCONETE. Sin duda debe de ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan a Dios.

GANCHUELO. Es tan santa y buena, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. Él tiene ordenado que de lo que hurtáremos demos alguna cosa o limosna para el aceite de una lámpara de una imagen muy devota que está en esta ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra; porque los días pasados dieron tres ansias a un cuatrero que había murciado dos roznos, y con estar flaco y cuartanario, así las sufrió sin cantar como si fueran nada; y esto atribuímos los del arte a su buena devoción, porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir el primer desconcierto del verdugo.

RINCONETE. Paso, señor galán. Dígame por su nombre: ¿qué son ansias?

GANCHUELO. Ya sabía yo que habíades de preguntarme por algunos vocablos de los que he dicho. *Ansia* es el tormento; *cuatrero* es ladrón de bestias; *murciar,* hurtar; *roznos,* los asnos, hablando con perdón.

CORTADILLO. ¿Y el *primer desconcierto?*

GANCHUELO. Las primeras vueltas de cordel que da el verdugo.

Las manos de los pícaros vuelven a las gargantas, como antes.

RINCONETE. No está mal decirlo por tan disimulada manera.

GANCHUELO. Prosiguiendo con la orden de Monipodio, han de saber voacedes que tenemos más de lo que va dicho. Sepan que rezamos nuestro rosario, repartido en toda la semana, y muchos de nosotros no hurtamos el día del viernes, ni el día del sábado tenemos conversación con mujer que se llame María.

CORTADILLO. Y ¿con sólo eso que hacen, dicen esos señores que su vida es santa y buena?

GANCHUELO. Pues ¿qué tiene de mala? ¿No es peor ser hereje, o renegado, o matar a su padre y madre, o ser solomico?

RINCONETE. *Sodomita* querrá decir vuesa merced.

GANCHUELO. Eso digo.

CORTADILLO. Todo es malo. Pero pues nuestra suerte ha querido que entremos en esta cofradía, comencemos a andar, que muero por verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan.

GANCHUELO. Presto se les cumplirá su deseo. Vamos allá a buen paso; que éstas son las horas cuando él suele dar audiencia.

CORTADILLO. Vamos.

RINCONETE. Vamos norabuena.

Echan a andar y desaparecen.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Patio de la casa de Monipodio. Al foro, una pequeña sala; a la izquierda del actor, otra, y la escalera; a la derecha, un arco que conduce a la puerta de la calle. Pegada en la pared de la sala del foro, frente a la puerta, una imagen de Nuestra Señora. Debajo de ella, una esportilla de palma, que sirve de cepillo para la limosna, y junto, encajada en la pared, una jofaina con agua bendita.

En el patio, ladrillado, y tan limpio que parece que vierte carmín de lo más fino, hay, a un lado, un banco de tres pies, y en el otro, un cántaro desbocado, con un jarrillo encima, no menos falto que el cántaro. En un rincón, una estera de enea, una escoba y unas tejoletas, y en medio, una maceta de albahaca.

Aparecen en él nuestros dos pícaros y Ganchuelo, su guía.

GANCHUELO. Esta es la casa de nuestro padre y señor, guarda y sostén de los ladrones de Sevilla. Aguarden voacedes, que voy a advertirle de su llegada. *Sube.*

CORTADILLO. *Observando el lugar.* ¿Qué os parece, hermano Rincón?

RINCONETE. Paréceme, Cortado amigo, que la extremada limpieza de este patio dice mucho y bueno de sus moradores.

CORTADILLO. Así es como vos lo decís. Y no menos dice, si miráis allá dentro, esa imagen de Nuestra Señora.

Desde la puerta atisban el interior de la sala del foro.

RINCONETE. ¡Por vida de mi padre que hemos dado en una santa casa!

CORTADILLO. Y ¿cómo santa? ¿Véis, hermano Rincón? ¡Esportilla para la limosna!

RINCONETE. ¡Y almofía con agua bendita!

Éntrase en la sala, picado de la curiosidad. Cortadillo lo espera, al cuidado. Sale en seguida Rinconete.

CORTADILLO. ¿Qué hay en el aposento? ¿Habéis tropezado alguna alhaja?

RINCONETE. Dos espadas de esgrima, dos broqueles de corcho, un arca sin tapa y hasta tres esteras de enea.

CORTADILLO. Pues no hay dudar en que todo lo que aquí se garbea se lo reparten los cofrades como buenos hermanos, ya que en lo descubierto de la casa no vemos cosa que valga seis maravedís.

RINCONETE. Callad, que viene gente, amigo.

CORTADILLO. ¿Qué gente?

RINCONETE. Dos mozos vestidos de estudiantes.

Llegan, en efecto, dos Estudiantes, quienes, después de echar una ojeada curiosa sobre los nuevos, comienzan a pasearse en silencio.

CORTADILLO. ¿Qué estudios cursarán en una tal universidad como ésta?

RINCONETE. Presumo yo que no serán leyes.

CORTADILLO. Bien se echa de ver que es la hora de la audiencia, hermano Rincón. Ahora vienen dos de la esportilla, como nosotros. Y un ciego.

Llegan asimismo los dos Esportilleros y tras ellos el Ciego. Los mozos pasean, como los Estudiantes, y el Ciego se sienta en el banco.

RINCONETE. De los esportilleros no me maravillo, que ya estamos aquí vuesa merced y yo. Pero ¿cuáles pueden ser los servicios del ciego en la cofradía, donde tan buen ojo es menester?

CORTADILLO. Pienso yo deste ciego que tendrá más vista que mi padre.

RINCONETE. Como no sea también que esa falta en el un sentido venga a ser sobra en los otros cuatro.

CORTADILLO. Justicia de Dios sería esa.

RINCONETE. Paso, que todavía acude más gente. Gente grave.

Salen dos Viejos vestidos de bayeta, con anteojos y sendos rosarios en las manos. Tras ellos sale la vieja Pipota, que, sin decir oxte ni moxte, se entra en la salita del foro, y después de tomar agua bendita se hinca de rodillas ante la

imagen de Nuestra Señora, donde reza con grandísima devoción.

CORTADILLO. ¿Quién serán estos dos venerables viejos?

RINCONETE. Por sus anteojos, bien parecen personas dignas y respetables.

CORTADILLO. Con todo, señores de la Audiencia no han de ser.

RINCONETE. Reparad en los rosarios que traen.

CORTADILLO. Reparad vos ahora en cómo reza aquella vieja que vino tras ellos.

Un momento después, la tía Pipota, mientras la observan los pasmados mozos, besa el suelo tres veces y levanta los ojos y los brazos al cielo otras tantas. Luego echa una limosna en la esportilla, sale al patio con los demás y se acomoda junto al Ciego, en el banco.

RINCONETE. A buen seguro, amigo, que toda esta gente cree que con no faltar a sus devociones se va a ir al cielo calzada y vestida.

CORTADILLO. Si pecan además, no es por la boca, hermano; que son bien reservados y silenciosos.

RINCONETE. ¡Hola! ¡Dos bravos!

Exclama Rinconete así, advirtiendo de pronto la presencia en el patio de Chiquiznaque y Manifierro, dos bizarros mozos, de bigotes largos, sombreros de grande falda, cuellos a la valona, medias de color, ligas de gran balumba, espadas de más de marca, sendos pistoletes en lugar de dagas

y sus broqueles pendientes de la pretina. No bien llegan, miran de través a Rinconete y Cortadillo, como extrañándolos y desconociéndolos.

CORTADILLO. A lo menos, por su traza y talle.

RINCONETE. Pavor ponen con sus bigotes en el ánimo más esforzado.

CORTADILLO. Y ¡cómo nos miran!

CHIQUIZNAQUE. *A su compañero.* ¿Conoces a estos muchachos tú, Maniferro?

MANIFERRO. No recuerdo de haberlos visto nunca.

CHIQUIZNAQUE. *Llegándose resueltamente a ellos.* ¿Voacedes son de la cofradía?

RINCONETE. Sí, por cierto. Y muy servidores de sus mercedes.

PIPOTA. Aquí baja ya nuestro señor Monipodio.

A esta frase de la Pipota, todos cuantos hay en el patio se vuelven hacia la escalera, y miran llegar al jamás como se debe alabado padre de la picardía sevillana. Viene seguido de Ganchuelo. Es hombre como de cuarenta y cinco a cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso. Viene en camisa, cubierto con una capa de bayeta casi hasta los pies, los cuales, descomunales de anchos y juanetudos, calza con unos zapatos enchancletados. Cúbrenle las piernas unos zaragüelles de lien-

zo, anchos y largos hasta los tobillos. El sombrero es de los de la hampa, campanudo de copa y tendido de falda; y trae cruzado por espalda y pecho un tahalí, de donde cuelga una ancha y corta espada. Así que baja, todos los presentes le hacen una profunda y larga reverencia, excepto los dos bravos, que se limitan a saludarlo a medias con los sombreros.

MONIPODIO. A la paz de Dios, hijos míos.

GANCHUELO. *Presentando a Rincón y a Cortado.* Estos, mi sor Monipodio, son los dos buenos mancebos que a vuesa merced dije arriba: vuesa merced los desamine, y verá cómo son dignos de entrar en nuestra congregación.

MONIPODIO. Eso haré yo de muy buena gana. *Cuantos hay en el patio, quién más, quién menos, atienden al examen de los dos novicios.* Lo primero, hijos míos, que me importa saber es vuestro ejercicio, así como vuestra patria y padres.

RINCONETE. El ejercicio, señor Monipodio, paréceme que ya está dicho, pues venimos ante vuesa merced.

MONIPODIO. Dicho está, decís bien, y aun confirmado por vos ahora.

RINCONETE. Tocante a la patria, no me parece de mucha importancia decilla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer información para recebir ningún hábito honroso.

MONIPODIO. Vos, hijo mío, estáis en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir eso que decís,

porque si la suerte no corriere como debe, no es bien que quede asentada debajo de signo de escribano, ni en el libro de las entradas, cosa como ésta: "Fulano, hijo de Fulano, vecino de tal parte, tal día le ahorcaron o le azotaron." Suena muy mal a los oídos. Así, pues, ahora sólo quiero saber los nombres de los dos.

RINCONETE. Pedro Rincón me llamo, para servir a vuesa merced.

MONIPOLIO. ¿Y vos, pequeño?

CORTADILLO. Diego Cortado.

MONIPODIO. Pues de aquí adelante quiero y es mi voluntad que vos, Rincón, os llaméis *Rinconete,* y vos, Cortado, *Cortadillo,* que son nombres que asientan como de molde a vuestra edad y a nuestras ordenanzas, debajo de las cuales cae tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades, que ya me diréis luego. Ganchuelo, ven acá: ¿están puestas las postas?

GANCHUELO. Sí, sor Monipodio: tres centinelas quedan avizorando, y no hay que temer que nos cojan de sobresalto.

MONIPODIO. Con todo, estáte tú a la puerta. *Obedece Ganchuelo.* Ahora, hijos Cortadillo y Rinconete, querría yo saber lo que sabéis, para daros el oficio y ejercicio conforme a vuestra inclinación y habilidad.

RINCONETE. Yo sé un poquito de floreo de Vilhán: entiéndeseme el retén; tengo buena vista para el humillo; juego bien de la sola, de las cua-

tro y de las ocho; no se me va por pies el raspadillo, verrugueta y el colmillo; éntrome por la boca de lobo como por mi casa, y atreveríame a hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y a dar un astillazo al más pintado, mejor que dos reales prestados.

MONIPODIO. Principios son; pero todas esas son flores de cantueso viejas, y tan usadas, que no hay principiante que no las sepa; pero andará el tiempo, y vernos hemos; que asentando sobre ese fundamento media docena de liciones, yo espero en Dios que habéis de salir oficial famoso, y aun quizá maestro.

RINCONETE. Todo será para servir a vuesa merced y a los señores cofrades.

MONIPODIO. Y vos, Cortadillo, ¿qué sabéis?

CORTADILLO. Yo sé la treta que dicen mete dos y saca cinco, y sé dar tiento a una faldriquera con mucha puntualidad y destreza.

MONIPODIO. ¿Sabéis más?

CORTADILLO. No, por mis grandes pecados.

MONIPODIO. No os aflijáis, hijo: que a puerto y a escuela habéis llegado donde ni os anegaréis ni dejaréis de salir muy bien aprovechado en todo aquello que más os conviniere. Y en esto del ánimo, ¿cómo os va, hijos?

RINCONETE. ¿Cómo nos ha de ir sino muy bien? Ánimo tenemos para acometer cualquier empresa de las que tocaren a nuestro arte y ejercicio.

CORTADILLO. Y aun para sufrir media docena de ansias sin decir "esta boca es mía."

MONIPODIO. ¡Alto, no es menester más! Digo que sola esta razón me convence, me obliga, me persuade y me fuerza a que desde luego asentéis por cofrades mayores, y que se os sobrelleve el año del noviciado.

CHIQUIZNAQUE. Yo soy dese mesmo parecer.

MANIFERRO. Y yo con Chiquiznaque.

Todos los demás manifiestan asimismo su asentimiento y simpatía hacia los mozos, en frases y palabras por este estilo:

"¡Sí lo merecen, a fe mía!" "¡Buen ánimo el de los mancebos!" "¡Buena gracia tienen!" "¡Bien ha hecho el señor Monipodio!"

Terminado el largo murmullo, Monipodio pregunta:

MONIPODIO. ¿Sabéis leer, hijos?

RINCONETE. Yo, sí.

CORTADILLO. Yo, también.

MONIPODIO. Yo, no. En eso me lleváis ventaja. *Saca de la capilla de su capa un libro de memoria.* Pues vos, Rinconete, que sois el mayor, quiero que ahora leáis en este libro, porque así comencéis a conocer bien nuestra ocupación y procedimientos.

Rinconete toma el libro para leer y atienden todos, singularmente Cortadillo, cuyos gestos son como un picante comentario de la lectura.

RINCONETE. *Leyendo.* "Memoria de las cuchi-

lladas que se han de dar esta semana. La primera, de catorce puntos, al mercader de la encrucijada: vale cincuenta escudos. Están recebidos treinta a buena cuenta. Secutor, Chiquiznaque."

MONIPODIO. ¿Qué pasa en eso, Chiquiznaque?

CHIQUIZNAQUE. Pues lo que en eso pasa es que yo aguardé anoche al mercader a la puerta de su casa mesma, y él vino antes de la oración; lleguéme cerca dél, marquéle el rostro con la vista, y vi que lo tenía tan pequeño, que era imposible de toda imposibilidad caber en él cuchillada de catorce puntos; y porque no fuese mi ida en balde, di la cuchillada a un lacayo suyo, que a buen seguro que la pueden poner por mayor de marca.

MONIPODIO. No sé yo cómo parecerá el trueco de las caras al caballero que nos dejó en señal los treinta escudos, pues su malquerencia no debe de ser con el lacayo, sino con el amo. Pero ya traeremos a nuestra cuenta, para convencelle, aquel refrán que dice: "Quien mal quiere a Beltrán, mal quiere a su can". Y sigamos ahora. Leed, Rinconete, donde pone: "Memoria de palos".

RINCONETE. "Memoria de palos".

MONIPODIO. Ahí.

RINCONETE. "Al bodegonero de la Alfalfa, doce palos de mayor cuantía, a escudo cada uno. Están dados a buena cuenta ocho. El término, seis días. Secutor, Maniferro".

MANIFERRO. Bien podía borrarse esa partida, porque esta noche traeré finiquito della.

MONIPODIO. ¿Hay más, hijo?

RINCONETE. Sí; otra que dice así: "Al sastre corcovado, que por mal nombre se llama el Silguero, seis palos de mayor cuantía, a pedimiento de la dama que dejó la gargantilla. Secutor, el Desmochado".

MONIPODIO. Maravillado estoy cómo todavía está esa partida en ser. Sin duda alguna debe de estar mal dispuesto el Desmochado, pues son dos días pasados del término, y no ha dado puntada en esta obra. ¿Hay más, mocito?

RINCONETE. No, señor.

MONIPODIO. Pues pasad adelante y mirad donde dice: "Memorial de agravios comunes".

RINCONETE. "Memorial de agravios comunes, conviene a saber: redomazos, untos de miera, clavazón de sambenitos y cuernos, matracas, espantos, alborotos y cuchilladas fingidas, publicación de nibelos, etcétera".

MONIPODIO. ¿Qué dice más abajo?

RINCONETE. Dice... "Unto de miera en la casa de..."

MONIPODIO. No se lea la casa; que yo sé dónde es, y yo soy el secutor de esa niñería, y están dados a buena cuenta cuatro escudos, y el principal es ocho.

RINCONETE. Así es la verdad; que todo eso está aquí escrito; y aún más abajo dice: "Clavazón de cuernos".

MONIPODIO. Tampoco se lea la casa, ni adón-

de: que basta que se les haga el agravio, sin que se diga en público; que es gran cargo de conciencia.

RINCONETE. El secutor desto es el Narigueta.

MONIPODIO. Ya está eso hecho y pagado. Dadme el libro, mancebo; que yo sé que no hay más, y sé también que anda muy flaco el oficio; pero tras de este tiempo vendrá otro, y habrá que hacer más de lo que quisiéremos; que no se mueve la hoja sin la voluntad de Dios, y no hemos de hacer nosotros que se vengue nadie por fuerza; cuanto más que cada uno en su causa suele ser valiente y no quiere pagar las hechuras de la obra que él se puede hacer por sus manos.

En esto vuelve apresurado Ganchuelo y dice:

GANCHUELO. El alguacil de los vagabundos viene encaminado a esta casa; pero no trae consigo gurullada.

Movimiento general; sobresalto.

MONIPODIO. Nadie se alborote; que es amigo y nunca viene por nuestro daño. Sosiéguense, que yo le saldré a hablar.

Cálmanse todos, y Monipodio vase a la puerta. Rinconete, que es de suyo curioso, le interroga entonces a Ganchuelo.

RINCONETE. Decidme vos, hermano, que no se me cuece el pan hasta enterarme dello: ¿de qué sirven en la cofradía esos dos personajes de los rosarios, tan canos, tan graves y apersonados?

GANCHUELO. Esos, entre nosotros, se llaman *abispones,* porque se pasan el día por toda la ciu-

dad abispando en qué casas se puede dar tiento de noche, y siguiendo a los que sacan dinero de la Contratación o de la Casa de la Moneda, para ver dónde lo llevan, y aun dónde lo ponen.

RINCONETE. ¡Bravo ejercicio!

CORTADILLO. Gente será esa de mucho provecho para la hermandad.

GANCHUELO. Tanto, que de lo que se hurta por su industria llevan el quinto, como Su Majestad de los tesoros. Y son hombres de mucha verdad, y muy honrados, y de muy buena vida y fama, temerosos de Dios y de sus conciencias, y oyen misa todos los días con gran devoción.

RINCONETE. Eso ya he visto, hermano; que está muy en la orden de la cofradía tener a Dios contento.

Torna Monipodio, y con toda su autoridad y entereza pregunta:

MONIPODIO. ¿A quién le cupo hoy la plaza de San Salvador?

GANCHUELO. A mí.

MONIPODIO. Pues ¿cómo no se me ha manifestado una bolsilla de ámbar que esta mañana en aquel paraje dió al traste con quince escudos de oro y dos reales de a dos y no sé cuantos cuartos?

Rinconete y Cortadillo cambian una mirada llena de malicia.

GANCHUELO. Verdad es que faltó esa bolsa;

pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quién la tomase.

MONIPODIO. ¡No hay levas conmigo! ¡La bolsa ha de parecer porque la pide el alguacil, que es amigo y nos hace mil placeres al año!

GANCHUELO. Yo le juro a vuesa merced, sor Monipodio...

MONIPODIO. *Encolerizándose.* ¡Nadie se burle con quebrantar la más mínima cosa de nuestra orden, que le costará la vida! Manifiéstese la cica; y si se encubre por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca, y pondré lo demás de mi casa, porque de todas maneras ha de ir contento el alguacil.

GANCHUELO. ¡Por vida de mi padre...!

MONIPODIO. ¡Ni padre ni madre! ¡La bolsa! ¡Que soy hombre yo que se sabe llegar a otro hombre y meterle dos palmos de daga por las tripas, sin que sepa de quién ni por dónde o cómo le vino! ¡Voto va!

Alborótase toda la junta, viendo que se van a romper sus estatutos y buenas ordenanzas. Rinconete entonces, después de aconsejarse con Cortadillo, saca la bolsa del Sacristán, asombrando a todos, y dice:

RINCONETE. Cese toda cuestión, mis señores; que ésta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el alguacil manifiesta; que hoy mi camarada Cortadillo le dió alcance con un pañuelo que al mismo dueño se le quitó por añadidura

CORTADILLO. Este es el pañizuelo que dice Rinconete. *Lo muestra.*

El concurso entero aprueba la hidalguía de los dos muchachos.

MONIPODIO. Cortadillo el bueno (que con este título y renombre ha de quedar de aquí adelante) se quede con el pañuelo, y a mi cuenta se quede la satisfacción deste servicio; y la bolsa se ha de llevar el alguacil, que es de un sacristán pariente suyo, y conviene que se cumpla aquel refrán que dice: "No es mucho que a quien te da la gallina entera tú des una pierna della." Más disimula este buen alguacil en un día que nosotros le podemos ni solemos dar en ciento. *Encamínase de nuevo hacia la puerta de la calle llevándose la bolsa para el alguacil, y antes de desaparecer dice a los dos bravos.* Hijos Chiquiznaque y Maniferro, aquí tenéis vuestro contento y regalo.

CHIQUIZNAQUE. ¡Gananciosa!

MANIFERRO. ¡Escalanta!

Salen la Escalanta y la Gananciosa efectivamente, afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado y desvergüenza.

GANANCIOSA. *Dirigiéndose con regocijo a Chiquiznaque.*

Por un sevillano rufo a lo valón...

CHIQUIZNAQUE. *Recibiéndola en sus brazos.*

Tengo socarrado todo el corazón.

ESCALANTA. *Dirigiéndose a su vez a Maniferro.*

Por un morenico de color verde...

MANIFERRO. *Abrazándola asimismo.*

¿Cuál es la fogosa que no se pierde?

RINCONETE. *A Cortadillo.* En verdad, hermano, que sólo faltaban en la casa estas dos princesas.

CORTADILLO. Sí, por cierto. Y observad con cuánto regocijo han sido recebidas por los dos bravos.

CHIQUIZNAQUE. Digo, amigas, que presumo que algo nos traeréis con que mojar la canal maestra.

GANANCIOSA. Pues ¿había de faltar, diestro mío? No tardará mucho en venir Silbatillo tu trainel, con la canasta de colar atestada de lo que Dios ha sido servido.

ESCALANTA. ¡Para todos habrá!

UN VIEJO. Dime, Gananciosa: por ventura ¿vienen en ella de aquellas sabrosas tajadas de bacallao frito...?

GANANCIOSA. Y ¿cómo si vienen? ¡Hasta una cazuela viene dellas! ¡Y rábanos, y limones y naranjas, y más de medio queso de Flandes, y una olla de aceitunas, y camarones, y cangrejos, con su llamativo de alcaparrones ahogados en pimientos, y tres hogazas de Gandul!

Monipodio, que ha vuelto a tiempo de escuchar esta lista, prorrumpe en un viva de entusiasmo.

MONIPODIO. ¡Viva la Gananciosa!

TODOS. ¡Viva! ¡Viva!

UN VIEJO. *Al otro.* Se me hace ya la boca agua, hermano.

Gran alegría y revuelo. En los diversos grupos se comenta el anuncio de la pitanza.

PIPOTA. Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un vaguido de cabeza dos días ha, que me trae loca; y más, que antes que sea medio día tengo de ir a cumplir mis devociones y poner mis candelicas a Nuestra Señora de las Aguas y al Santo Crucifijo de San Agustín, que no lo dejaría de hacer si nevase y ventiscase. A lo que he venido es que anoche, el Renegado y Centopiés llevaron a mi casa una canasta de colar, pero no con bacallao y aceitunas, como la de la Gananciosa, sino llena de ropa blanca. Dijéronme que iban en seguimiento de un ganade-

ro que había pesado ciertos carneros en la carnicería, por ver si le podían dar un tiento en un grandísimo gato de reales que llevaba. No desembanastaron ni contaron la ropa, fiados en la entereza de mi conciencia, y así me cumpla Dios mis buenos deseos y nos libre a todos de poder de Justicia, que no he tocado la canasta y que se está tan entera como cuando nació.

MONIPODIO. Todo se le cree, señora madre, y estése así la canasta, que yo iré allá a boca de sorna, y haré cala y cata de lo que tiene, y daré a cada uno lo que le tocare, bien y fielmente, como tengo de costumbre.

PIPOTA. Sea como vos lo ordenáredes, hijo; y porque se me hace tarde, dadme un traguillo, si tenéis, para consolar este estómago, que tan desmayado anda de contino.

ESCALANTA. Y ¡qué tal lo beberéis, madre mía! Yo os lo voy a dar de la bota que trujo ayer la Cariharta.

Éntrase en la sala de la izquierda, y sale al punto con una bota de vino y un corcho, en el que muy bien puede caber hasta un azumbre.

PIPOTA. Así me haga bien como el estómago me lo pide y tu generosa voluntad me lo ofrece.

ESCALANTA. Tome, madre Pipota.

PIPOTA. Mucho echaste, hija Escalanta; pero Dios dará fuerzas para todo. *Sopla la espuma y lo trasiega de un tirón del corcho al estómago.* De Guadalcanal es, y aun tiene un es no es de

yeso el señorico. Dios te consuele, hija, que así me has consolado; sino que temo que me ha de hacer mal, por que no me he desayunado.

MONIPODIO. No hará, madre, porque es trasañejo.

PIPOTA. Así lo espero yo en la Virgen. Mirad, niñas, si tenéis acaso algún cuarto para comprar las candelicas de mi devoción, porque con la priesa y gana que tenía de venir a traer las nuevas de la canasta, se me olvidó en casa la escarcela.

GANANCIOSA. Yo sí tengo, señora Pipota; tome: ahí le doy dos cuartos; del uno le ruego que compre una para mí, y se la ponga al señor San Miguel; y si puede comprar dos, ponga la otra al señor San Blas, que son mis abogados. Quisiera que pusiese otra a la señora Santa Lucía, que, por lo de los ojos, también le tengo devoción, pero no tengo trocado; mas otro día habrá donde se cumpla con todas.

PIPOTA. Muy bien harás, hija, y mira no seas miserable; que es de mucha importancia llevar la persona las candelas delante de sí antes que se muera, y no aguardar a que las pongan los herederos o albaceas.

ESCALANTA. Bien dice la madre Pipota. Y ahí le entrego yo un cuarto para que le ponga una candelica por mí al santo que le parezca más aprovechado y agradecido.

PIPOTA. Se la llevaré a nuestro Cristo del Per-

dón, por si acaso nos hiciere falta su indulgencia. *Ríen las mozas.* Holgaos, hijos, ahora que tenéis tiempo; que vendrá la vejez, y lloraréis en ella los ratos que perdistes en la mocedad, como yo los lloro... *Dando un gran suspiro.* ¡Ay! Y encomendadme a Dios en vuestras oraciones, que yo voy a hacer lo mismo por mí y por vosotros, porque Él nos libre y conserve en nuestro trato peligroso, sin sobresaltos de Justicia.

MONIPODIO. Amén, madre Pipota.

Vase ésta a la calle. Desde dentro se la oye decir:

PIPOTA. ¡Hija! ¡Cariharta! ¿Qué traes?

GANANCIOSA. ¿La Cariharta?

MONIPODIO. *Asomándose a verla.* Sí, la misma; Juliana es.

ESCALANTA. Desgreñada viene y llorosa.

ESTUDIANTE 1.º Alguna bellaquería del Repolido.

Sale en esto sollozando la Cariharta, moza del jaez de las otras y del mismo oficio. Viene descabellada y la cara llena de cardenales.

CARIHARTA. ¡Justicia, señor Monipodio! ¡Justicia! *Cae desmayada.*

La Escalanta y la Gananciosa acuden a ella. Luego desabróchanle el pecho y le rocían el rostro con agua.

ESCALANTA. ¡Niña!

GANANCIOSA. ¡Juliana!

MONIPODIO. ¡Se ha privado!

ESCALANTA. ¡Tú, Ganchuelo, agua del cantarillo!

ESTUDIANTE 1.º ¡Desabrochadle el pecho!

MONIPODIO. ¡Dadle aire en el rostro!

GANANCIOSA. ¡Santa Lucía! ¡Si está como magullada!

ESCALANTA. ¡Niña! ¡Cariharta!

MONIPODIO. ¡Juliana! ¡Hija!

GANANCIOSA. Ya vuelve.

CARIHARTA. *Recobrándose y exhalando lastimeros gritos.* ¡La justicia de Dios y del Rey venga sobre aquel ladrón desuellacaras, sobre aquel cobarde bajamanero, sobre aquel pícaro que he quitado más veces de la horca que tiene pelos en las barbas!

ESTUDIANTE 1.º ¿Qué dije?

CARIHARTA. ¡Desdichada de mí! ¡Mirad por quién he perdido y gastado mi mocedad y la flor de mis años, sino por un bellaco desalmado, facineroso e incorregible!

GANANCIOSA. Sosiégate, hermana.

MONIPODIO. Sosiégate, Cariharta; que aquí estoy yo, que te haré justicia. Cuéntanos tu agravio; y si quieres venganza, no has menester más que boquear.

CARIHARTA. ¡Ved de qué manera me ha parado aquel ingrato de Repolido, aquel león con las ovejas y cordero con los hombres, debiéndo-

me más que a la madre que le parió! *Muestra los cardenales que trae.* ¡Ved cómo me ha parado! ¡Buenos testigos son estos cardenales que miráis! Y ¿por qué pensáis que lo ha hecho? ¡Montas que le dí yo ocasión para ello! No, por cierto; no lo hizo más sino porque, estando jugando y perdiendo, me envió a pedir con Cabrillas, su trainel, treinta reales, y no le envié más de veinticuatro, que el trabajo y afán con que yo los había ganado, ruego yo a los cielos que vayan en descuento de mis pecados; y en pago desta cortesía y buena obra, creyendo él que yo le sisaba algo de la cuenta que él allá en su imaginación había hecho de lo que yo podía tener, esta mañana me sacó al campo, detrás de la güerta del Rey, y allí, entre unos olivares, me desnudó, y con la pretina, sin excusar ni recoger los hierros, que en malos grillos y hierros le vea yo, me dió tantos azotes, que me dejó por muerta. ¡Justicia, señor Monipodio! ¡Justicia, Chiquiznaque! ¡Justicia quiero!

MONIPODIO. ¡Justicia se hará, o no quedará de mí pedazo!

CHIQUIZNAQUE. ¡Ni de Chiquiznaque tampoco, voto va a Dios!

Movimiento y rumor de indignación. Óyense palabras tales como:

"¡Cobarde!" "¡Desalmado!" "¡Mal hombre!" "¡La horca merece!"

GANANCIOSA. *Tomándole una mano a su atribulada compañera.* Y ahora quiero yo, hermana Cariharta, decirte por vía de consuelo una cosa.

CARIHARTA. Dime, hermana.

GANANCIOSA. Que diera yo de muy buena gana una de mis mejores preseas porque me hubiera pasado otro tanto con Chiquiznaque, aquí presente.

Ríen todos. Chiquiznaque se pavonea.

CARIHARTA. Eso dices porque no te ha pasado.

GANANCIOSA. No, sino porque sé muy bien, hermana, que a lo que se quiere bien se castiga; y cuando estos bellacones nos dan, y azotan, y acocean, entonces nos adoran; si no, confiésame una verdad, por tu vida: después que te hubo Repolido castigado y brumado, ¿no te hizo alguna caricia?

CARIHARTA. ¿Cómo una? Cien mil me hizo, y diera él un dedo de la mano porque me fuera con él a su posada; y aun me parece que casi se le saltaron las lágrimas de los ojos después de haberme molido.

GANANCIOSA. No hay dudar en eso; y lloraría de pena de ver cuál te había puesto; que estos tales hombres, y en tales casos, no han cometido la culpa cuando les viene el arrepentimiento; y tú verás, hermana, si no viene a buscarte antes que de aquí nos vamos, y a pedirte perdón

de todo lo pasado, rindiéndosete como un cordero.

MONIPODIO. En verdad que no ha de entrar por estas puertas el cobarde envesado si primero no hace una manifiesta penitencia del cometido delito. ¿Las manos había él de ser osado de ponerlas en el rostro de la Cariharta, ni en sus carnes, siendo persona que puede competir en limpieza y ganancia con la misma Gananciosa, que está delante, que no lo puedo más encarecer?

CARIHARTA. ¡Ay! No diga vuesa merced, señor Monipodio, mal de aquel maldito; que con cuan malo es, le quiero más que a las telas de mi corazón, y hanme vuelto el alma al cuerpo las razones que, en su abono, me ha dicho mi amiga la Gananciosa... y en verdad que estoy por ir a buscarle.

GANANCIOSA. Eso es harina de otro costal, y no lo harás tú por mi consejo; porque se extenderá y ensanchará y harás tretas en ti como en cuerpo muerto. Sosiégate, hermana; que antes de mucho le verás venir tan arrepentido como he dicho; y si no viniere, escribirémosle un papel en coplas, que le amargue.

CARIHARTA. ¡Eso sí; que tengo mil cosas que escribirle!

MONIPODIO. Yo seré el secretario cuando sea menester; y aunque no soy nada poeta, todavía, si el hombre se arremanga, se atreverá a hacer

dos millares de coplas en daca las pajas; y cuando no salieren como deben, yo tengo un barbero amigo, gran poeta... *Cortan la palabra de Monipodio dos fuertes golpes dados en la puerta de la calle. Todos se ponen en cuidado.* ¿Eh? *Repítense los golpes.* Nadie se turbe ni desasosiegue. *Éntrase en la sala del fondo, descuelga un broquel de los que en ella hay, y espada en mano, en medio del general silencio, encamínase a la puerta, y con voz hueca y espantosa, pregunta:* ¿Quién llama? ¿Quién llama?

El Repolido contesta desde dentro.

REPOLIDO. ¡Abra voacé, sor Monipodio; que el Repolido soy!

GANANCIOSA. ¿Qué te dije, hermana Cariharta?

CARIHARTA. *A grandes voces.* ¡No le abra vuesa merced, señor Monipodio; no le abra a ese marinero de Tarpeya, a ese tigre de Ocaña!

Con todo, Monipodio le abre la puerta al Repolido, quien aparece en el patio, ansioso de ver a su víctima, la cual, huyéndole, se encierra en la sala del fondo, desde donde continúa elevando sus voces al cielo. Monipodio vuelve tras el Repolido.

REPOLIDO. ¡No haya más, enojada mía!

CARIHARTA. ¡Quítenme de delante a ese gesto de por demás, a ese verdugo de inocentes, asombrador de palomas duendas!

REPOLIDO. ¡No haya más, enojada mía; por tu vida que te sosiegues, así te veas casada!

CARIHARTA. ¿Casada yo, malino? ¡Mira en qué tecla toca! ¡Ya quisieras tú que lo fuera contigo, y antes lo sería yo con una sotomía de muerte que contigo!

REPOLIDO. ¡Ea, boba, acabemos ya, que es tarde, y mire no se ensanche por verme hablar tan manso y venir tan rendido; porque vive el Dador, si se me sube la cólera al campanario, que sea peor la recaída que la caída! Humíllese, y humillémonos todos, y no demos de comer al diablo.

CARIHARTA. Y aun de cenar le daría yo porque te llevase donde nunca más mis ojos te viesen.

REPOLIDO. ¿No os digo yo? ¡Por Dios que voy oliendo, señora trinquete, que lo tengo de echar todo a doce, aunque nunca se venda!

MONIPODIO. *Siempre paternal.* En mi presencia no ha de haber demasías: la Cariharta saldrá, no por amenazas, sino por amor mío, y todo se hará bien; que las riñas entre los que bien se quieren son causa de mayor gusto cuando se hacen las paces. ¡Ah, Juliana! ¡Ah, niña! ¡Ah, Cariharta mía! Sal acá fuera, por mi amor; que yo haré que el Repolido te pida perdón de rodillas.

ESCALANTA. Como él eso haga, todas seremos en su favor y en rogar a Juliana salga acá fuera.

REPOLIDO. Si esto ha de ir por vía de rendimiento que güela a menoscabo de la persona, no me rendiré a un ejército formado de esguízaros; mas si es por vía de que la Cariharta gusta dello, no digo yo hincarme de rodillas; pero un clavo me hincaré por la frente en su servicio. *Chiquiznaque y Maniferro se ríen, encolerizando al Repolido, que continúa así.* Cualquiera que se riere, o pensare reír, de lo que la Cariharta contra mí, o yo contra ella, hemos dicho o dijéremos, digo que miente y mentirá todas las veces que se riere o lo pensare, como ya he dicho.

Chiquiznaque y Maniferro míranse de muy mal garbo y talle, y luego miran así mismo al Repolido. Monipodio lo advierte, y media entre ellos para evitar mayores males.

MONIPODIO. No pase más adelante, caballeros, cesen aquí palabras mayores, y deshánganse entre los dientes; y pues las que se han dicho no llegan a la cintura, nadie las tome por sí.

CHIQUIZNAQUE. Bien seguros estamos que no se dijeron ni dirán semejantes monitorios por nosotros; que si se hubiera imaginado que se decían, en manos estaba el pandero que lo supieran bien tañer.

REPOLIDO. También tenemos acá pandero, sor Chiquiznaque, y también, si fuere menester, sabremos tocar los cascabeles; y ya he dicho que el que se huelga, miente; y quien otra cosa pen-

sare, sígame; que, con un palmo de espada menos, hará el hombre que sea lo dicho dicho.

Vase hacia la puerta de la calle; pero la Cariharta, que lo ha estado oyendo con el alma en la boca, sale aprisa de donde está encerrada, y le impide el paso.

CARIHARTA. ¡Ténganle, no se vaya; que hará de las suyas! *Asiéndole fuertemente de la capa.* ¡Vuelve acá, valentón del mundo y de mis ojos!

MONIPODIO. Vuelve acá, Repolido, que te lo suplica la Cariharta; y no haya más.

Chiquiznaque y Maniferro aguardan la resolución del otro bravo.

REPOLIDO. *Cediendo al ruego de la Cariharta y de Monipodio.* Nunca los amigos han de dar enojo a los amigos, ni hacer burla de los amigos, y más cuando ven que se enojan los amigos.

MANIFERRO. No hay aquí amigo que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo; y pues todos somos amigos, dénse las manos los amigos.

MONIPODIO. Todos voacedes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos se den las manos de amigos.

CHIQUIZNAQUE. No hay reñir entre amigos.

REPOLIDO. Somos amigos.

MANIFERRO. Somos amigos.

Con estas palabras se dan las manos. La Gananciosa rompe a cantar con alegría una tonada de seguidillas, como deseosa de sellar con fiesta aquellas paces.

GANANCIOSA.

Rufo a lo valón...
Por un sevillano rufo a lo valón
tengo socarrado todo el corazón...

VARIOS. ¡Viva! ¡viva!
MONIPODIO. ¡Acabe la cuestión en coplas!
VARIOS. ¡Viva! ¡viva!
ESTUDIANTE 1.º ¡Daca la escoba!
MONIPODIO. ¡Daca esas tejoletas!
El estudiante 1.º usa la escoba a modo de guitarra, llevando el son del canto con ella, y Monipodio lleva el contrapunto repicando con gran ligereza las tejoletas puestas entre sus dedos.
VARIOS. ¡Ea! ¡ea!
GANANCIOSA.

Por un morenico de color verde
¿cuál es la fogosa que no se pierde?

VARIOS. ¡Viva! ¡viva!
GANANCIOSA.

Riñen los amantes; hácese le paz;
si el enojo es grande, es el gusto más.

A esta sazón, llaman otra vez a la puerta, suspendiendo a todos.
MONIPODIO. ¡Silencio! ¡Con gran priesa llaman a la puerta!

GANANCIOSA. Silbatillo será, con la canasta del almuerzo.

MONIPODIO. *Preguntando, desde el patio.* ¿Quién es?

TAGARETE. *Dentro.* ¡Tagarete soy, centinela desta mañana! ¡Abra vuesa merced!

MONIPODIO. Abre, Ganchuelo. ¿Qué podrá ser ahora?

Obedece éste, y vuelve con Tagarete en seguida, el cual es esperado con ansiedad por la concurrencia.

TAGARETE. *Agitado.* ¡Señor Monipodio, al cabo de la calle ha asomado el Alcalde de la Justicia, y delante dél vienen el Tordillo y el Cernícalo, corchetes neutrales! *Vase de estampía.*

Confusión, alboroto, espanto; votos e interjecciones; huída; dispersión.

CHIQUIZNAQUE. ¡Voto va!

GANANCIOSA. ¡Válganos la Virgen!

CIEGO. ¡Válganos el diantre!

MANIFERRO. ¡Mala peste en ellos!

MONIPODIO. ¡Nos ha soplado algún canuto!

REPOLIDO. ¡Yo les marcaré la cara a esos neutrales!

ESPORTILLERO. ¡Aún con buenos pies escapamos!

UN VIEJO. ¡A nuestro escondite, compañero!

ESCALANTA. ¡Salgamos por el corralillo al mesón!

MONIPODIO. ¡Dios sobre todo!

CARIHARTA. ¡A la azotea!

ESTUDIANTE 1.º ¡Al tejado!

MONIPODIO. ¡Por vida del Alcalde y de su corchetada!

Los Esportilleros y el Estudiante 2.º huyen por la puerta de la calle; los dos Viejos, por la del fondo; el Ciego, la Gananciosa, la Escalanta y sus bravos, por la de la izquierda; y por la escalera, el Estudiante 1.º, la Cariharta, el Repolido y Monipodio, renegando de la madre que lo parió.

Quédanse solos Rinconete y Cortadillo, los cuales se han estado quedos durante la borrasca, confusos y azorados sin saber qué hacerse, esperando a ver en qué paraba todo.

RINCONETE. Ahora me explico bien, hermano Cortado, los rezos de la vieja Pipota, y las candelicas y el agua bendita, y la estampa de Nuestra Señora... ¡Todo es poco en esta santa casa!

CORTADILLO. Y aun más que hubiera. Pero escapemos nosotros también, no paguemos culpas que no son nuestras.

RINCONETE. ¿Por dónde?

CORTADILLO. Por donde nuestro padre Monipodio, que tiene de ser lo mejor. ¿Quién llega?

RINCONETE. El mozo que anunció el peligro.

Vuelve Tagarete, y al pie de la escalera grita:

TAGARETE. ¡Señor Monipodio, el Alcalde y su gente se han pasado de largo, sin dar muestra

ni resabio de mala sospecha alguna! ¡Esténse tranquilos! *Vase corriendo, como antes.*

RINCONETE. Nuestra es la suerte, hermano. No haya que temer azotes ni ansias tan de pronto.

CORTADILLO. Sea en buen hora.

RINCONETE. Pero, por lo que he visto ya, me hago promesa, y aun quiero que os la hagáis vos también, de no durar mucho en esta vida, tan perdida y tan mala.

CORTADILLO. Sea como fuere, Rinconete y Cortadillo, hermano, serán famosos en el mundo. *Abraza a Rinconete y luego se dirige al público.*

Los dos pícaros que un día
en una venta se unieron,
y estrecha amistad hicieron
camino de Andalucía,
hanse trocado, a fe mía,
en caballeros andantes,
que, gozosos y arrogantes,
corren el mundo y la historia,
ganando, a su paso, gloria
para Miguel de Cervantes.

FIN

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras—Pedro López.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—Así se escribe la historia.—Febrerillo el Loco.—Pasionera.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.—Pipiola.—Don Juan, buena persona.—La calumniada.—El mundo es un pañuelo.—Ramo de locura.—La prisa.—Antón Caballero.—Las vueltas que da el mundo.—Cristalina.—Concha la Limpia.—Mi hermano y yo.—Cancionera.—La boda de Quinita Flores.—Las de Abel.—Barro pecador.—125 kilómetros.—La cuestión es pasar el rato.—Tambor y Cascabel.—Los mosquitos.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.—Los marchosos.—La del Dos de Mayo.—Vámonos.—La suerte. Las muertes de Lopillo.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—

Los chorros del oro.—Morritos. — Amor a oscuras.—Nanita nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto.—Lo que tú quieras.—Lectura y escritura.—La cuerda sensible.—Secretico de confesión.—La Niña de Juana o El descubrimiento de América.—El corazón en la mano.—La sillita.—La moral de Arrabales.—La flor en el libro.—La seria.—El mal ángel.—El cuartito de hora.—La quema.—Cabellos de plata.—Las benditas Máscaras. — Acacia y Melitón. — Ganas de reñir. — El pie. — El último papel.—Cambio de suerte.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevila en el «botijo»!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.—Los pápiros.

MONÓLOGOS

Falomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.—Pesado y medido Revoloteo.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.—Castañuela, arbitrista.—Dos pesetas.—Pepita y Don Juan. Los grandes hombres o el Monumento a Cervantes.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando Fe Madrid.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profe so para tales fiestas. Manuel Marin, Barcelona.*

La madrecita, *cuadros de costumbres. Biblioteca Nueva, Madrid,*

La mujer española, *una conferencia y dos cartas. Biblioteca Hispania, Madrid.*

Ruido de faldas, *pasos y entremeses escogidos, con un prólogo sobre el trabajo de la mujer. Enciclopedia, Madrid.*

EDICIONES ESCOLARES DE ALGUNAS OBRAS

Doña Clarines y Mañana de sol, *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.—Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

Las de Caín, *Edited with notes, exercises and vocabulary by Z. Eilene Lamb, Ann Arbor High School, and Norman L. Willey, University of Michigan.—Allyn and Bacon.—Boston, New York, Chicago, Atlanta, San Francisco.*

Así se escribe la historia, *Edited with introduction, notes, exercises and vocabulary by Edwin B. Place, Ph. D., Professor of Romance Languages. University of Colorado. New York, Alfred A. Knopf.—MCMXXVI.*

Puebla de las mujeres.—*Edited with introduction, notes, exercises and vocabulary by Lula Giralda Adams, teacher of Spanish in the Brookline High School, Massachusetts. New York and London, The Century C.°.*

La flor de la vida, *Edited with direct-method exercises, notes, and vocabulary by Frank O. Reed, Professor of Spanish and John Brooks, Associate professor of Spanish University of Arizona, with a critical introduction by Federico de Onís.—D. C. Heath and Company, Boston, New York, Chicago, London, Atlanta, Dallas, San Francisco.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO

I Galeoti.—Il patio.—I fiori (*Las flores*).—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze (*La Zagala*), por GIUSEPPE PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra (*El genio alegre*), por JUAN FABRÉ Y OLIVER y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole (*Las de Caín*), por JUAN FABRÉ y OLIVER.

I fastidi della celebrità (*La vida íntima*), por GIULIO DE MEDICI.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio (*Amor a oscuras*), por LUIGI MOTTA.

Il centenario, por FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, por GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore (*Puebla de las Mujeres*), por ENRICO TEDESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Jettatura (*La mala sombra*).—Anima malata (*Herida de muerte*).—Chi mi recorda lei? (*¿A quién me recuerda usted?*—Cosi si scrive la storia, por GILBERTO BECCARI y LUIGI MOTTA.

Anima gitana (*Cabrita que tira al monte...*), por CARLO BOSELLI.

Il mondo è un fazzoletto (*El mundo es un pañuelo*), por ITALO ZINCARELLI.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta (*Doña Clarines*), por GINO CUCCHETTI.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por CARLO MONTICELLI.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslus (*El genio alegre*), por el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. GUSTAVO ROHDE.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por MARY V. HAKEN.

Begegnung (*Mañana de sol*), por FRANZISKA BECKER y S. GRAFENBERG.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. BORZIA.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por GEORGES LAFOND y ALBERT BOUCHERON.

Le patio.—Le chouchou (*El ojito derecho*).—Bourg-les-Dames (*Puebla de las Mujeres*), por MAURICE COINDREAU.

L'amour qui passe (*El amor que pasa*), por GERMAINE DURCOS-CENOZ y ROGER MARTIN DU GARD.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. SMIDT-REINEKE.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*). Malvaloca.—O mundo é tã pequeno... (*El mundo es un pañuelo*), por JOÃO SOLER.

Marianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de confissão, por ALICE PESTANA (Caiel).

A Dama Branca (*Doña Clarines*).—O centenario.—Cristalina, por ALBERTO DE MORAES.

AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por MRS. LUCRETIA XAVIER FLOYD.

Malvaloca, por JACOB S. FASSETT, JR.

By their words ye shall know them (*Hablando se entiende la gente*), por JOHN GARRETT UNDERHILL.

The Fountain of Youth (*La flor de la vida*), por SAMUEL N. BAKER.

Reading and Writing (*Lectura y escritura*), por BEATRICE ERSKINE.

Four Plays (un volumen). The Women have their Way (*Puebla de las Mujeres*), A Hundred Years Old (*El Centenario*), Fortunato, and The Lady from Alfaqueque (*La Consulesa*), por HELEN y HARLEY GRANVILLE-BARKER.

AL DANÉS:

Kærligheden Drager Torbi (*El amor que pasa*), por JOHANNE ALLEN.

TEATRO COMPLETO DE LOS AUTORES

ORDEN DE LA PUBLICACIÓN

TOMO I. —PRIMEROS ENSAYOS

Prólogo.—Esgrima y amor.—Belén, 12 principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—El peregrino.—Las casas de cartón.—La reja.—Apéndice.

TOMO II. —COMEDIAS Y DRAMAS

La vida íntima.—El patio.—Los Galeotes.

TOMO III. —COMEDIAS Y DRAMAS

La pena.—La azotea.—El nido.—Las flores.

TOMO IV. —SAINETES Y ZARZUELAS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el "botijo"!

TOMO V. —COMEDIAS Y DRAMAS

La dicha ajena.—Pepita Reyes.—Mañana de sol.

TOMO VI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La zagala.—Amor a oscuras.—La casa de García.—A la luz de la luna.

Tomo VII. —PIEZAS BREVES

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—El amor en el teatro. — Los meritorios. — La zahorí. — La contrata.—El nuevo servidor.—La aventura de los galeotes.

Tomo. VIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

El amor que pasa.—El agua milagrosa.—La musa loca.—Herida de muerte.

Tomo IX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El genio alegre.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.

Tomo X. —SAINETES Y ZARZUELAS

El género ínfimo.—La Reina Mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—El amor en solfa.—La mala sombra.

Tomo XI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La escondida senda.—El último capítulo. Las de Caín.—Sin palabras.

Tomo XII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Amores y amoríos.—¿A quién me recuerda usted?—Doña Clarines.—Los ojos de luto.

Tomo XIII. —PIEZAS BREVES

La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Nanita, nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—Las buñoleras.—Cuatro palabras.—Sangre gorda.—Carta a Juan Soldado.—Solico en el mundo.—Palomilla.

Tomo XIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

El centenario.—La flor de la vida.—La rima eterna.

Tomo XV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Puebla de las Mujeres.—Lo que tú quieras.—Malvaloca.—La cuerda sensible.

Tomo XVI. —SAINETES Y ZARZUELAS

La patria chica.—Las mil maravillas.—El patinillo.—La muela del rey Farfán.

Tomo XVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Mundo, mundillo...—Fortunato.—Nena Teruel.

Tomo XVIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Los Leales.—La consulesa.—Dios dirá.—El corazón en la mano.

Tomo XIX. —PIEZAS BREVES

Rosa y Rosita.—El hombre que hace reir.—Sábado sin sol.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Hablando se entiende la gente.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el corneta.—El cerrojazo.—La historia de Sevilla.—Lectura y escritura.—Pesado y medido.—Secretico de confesión.

Tomo XX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El Duque de Él.—El ilustre huésped.—Cabrita que tira al monte...

Tomo XXI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Marianela.—Así se escribe la historia.—Pipiola.

Tomo XXII. —SAINETES Y ZARZUELAS

Fea y con gracia.—Anita la Risueña.—El amor bandolero.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.—Becqueriana. Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.

Tomo XXIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Don Juan, buena persona.—Pedro López.—La Calumniada.

Tomo XXIV. —COMEDIAS Y DRAMAS.

Febrerillo el Loco.—El mundo es un pañuelo.—Pasionera.

Tomo XXV. —PIEZAS BREVES

La niña de Juana o El descubrimiento de América. — La sillita. — Castañuela, arbitrista.—La seria.—El mal ángel.—El cuartito de hora.—Cabellos de plata.—Acacia y Melitón.—Ganas de reñir.—Dos pesetas.—Vámonos.—Revoloteo.

Tomo XXVI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Ramo de locura.—La moral de Arrabales.—La prisa.—La flor en el libro.

Tomo XXVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Antón Caballero.—La quema.—Las vueltas que da el mundo.—Las benditas Máscaras.

Tomo XXVIII. —SAINETES Y ZARZUELAS

Rinconete y Cortadillo.—La casa de enfrente.—Los marchosos.—La del Dos de Mayo.—Los pápiros.

Tomo XXIX. —COMEDIAS Y DRAMAS

Cristalina.—Concha la Limpia.—Mi hermano y yo.

Tomo XXX. —COMEDIAS Y DRAMAS

Cancionera.—Pepita y Don Juan.—La boda de Quinita Flores.—El último papel.

Esta colección continuará enriqueciéndose en lo porvenir con las nuevas obras que produzcan los hermanos Álvarez Quintero, las cuales se agruparán en tomos siguiendo el mismo método.

PUBLICADOS:

Tomos I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXII, XXIII, XXIV, XXV, XXVI, XXVII, XXVIII.

EN PRENSA:

Tomo XXIX.

PRECIO DE CADA TOMO: 5 PESETAS

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

FERRAZ, 21

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

PRADO, 24

PRECIO: 1,50 PESETAS

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T44
v.22
no.1-18